

La espera

Guillermo Leone

La espera



Guillermo Leone

Capítulo 1

Era una enorme habitación sin paredes ni techo. El piso era la pura tierra y algunos pastizales aislados. Cada pared invisible debía tener kilómetros de largo. Lo único que había en la habitación era una enorme cantidad de sillas, como esas de los viejos bares de la calle Corrientes en Buenos Aires. Todas vacías, al menos, esa fue mi primera sensación.

Fueron pasando las horas y, conforme anochecía, pude percibir que las sillas no estaban realmente vacías. En cada una de ellas reposaba un alma. Así es: almas sentadas. Pero, ¿qué esperarían? Pasé horas atento a cada infinitesimal movimiento que pudiera ser notado. Observé hasta el agotamiento esa quietud exasperante tan propia de las almas. Se deslizaron los días sin que lo notara. Una resignada paciencia espiritual hechizaba al tiempo detenido y fascinaba a mi incompreensión.

Finalmente, no sé cuántos meses habrían pasado, alguien más entró a la sala. No era un alma, era humano. Lo supe porque traía toda su carne auestas. ¡Podía olerse! Anduvo horas, tal vez días enteros entre las sillas. Iba y venía estudiándolas, mientras, las almas, inertes a su presencia, seguían absortas en la nada.

Finalmente, ¡Gracias a Dios! se detuvo frente a una de ellas. Miró fijamente a esa suerte de masa de gases espirituales que, a su vez, empezó a cobrar substancia en el preciso momento de ser observada. Se irguió. Súbitamente y, sin que mediara una sola palabra, se abrazaron. Varios minutos, acaso horas, o quizás un día entero...

Supe al fin que, lo que las almas malheridas esperaban era un abrazo que las liberaría hacia la inmensidad.